

## ¿ ECONOMETRIA O IDEOLOGIA EN ECUACIONES ?

por Michel Husson<sup>1</sup>

La teoría dominante del desempleo es de una simplicidad bíblica: el desempleo es el resultado de una distorsión de precios. El precio del trabajo es demasiado elevado en relación a su productividad e induce a los empleadores a comprar esta mercancía; pero, por otro lado, es demasiado bajo en relación a los ingresos sociales de reemplazo, lo que casi no incita a los desocupados a vender esta mercancía. Como científicos, la misión de los economistas es asumir y enunciar esta dura realidad porque sería en vano querer ir al encuentro de leyes que tienen la misma ineluctabilidad, la misma densidad que, por ejemplo, la ley de la atracción terrestre. Los cuerpos caen, y únicamente la baja del costo del trabajo y de las prestaciones de desempleo permiten la creación de puestos de trabajo.

Este artículo se propone examinar como semejante discurso puede dominar a pesar de su difícil adecuación a la realidad.

El problema con la ciencia, es que es necesario aplicarla. Ahora bien, la economía dominante tiene dificultades para validar este lazo entre salario y empleo que tiende a desvanecerse a partir que se busca señalarlo empíricamente. Sin embargo, es el eslabón faltante lo que permitiría darle a la ideología dominante su máximo de tenacidad. Y por eso la historia reciente de la modelización econométrica puede leerse como una serie de tentativas tendientes a restituir el esquema de base, al precio de incumplimientos cada vez más graves a las reglas metodológicas más elementales.

### Frente a una realidad reacia

Ningún economista, cualquiera sea su paradigma de referencia, no pensaría en negar, por ejemplo, el efecto de los precios sobre el comercio exterior de un país. La econometría hace aparecer fácilmente semejante impacto. Por tomar un ejemplo reciente, la apreciación del dólar en 1997 dio inmediatamente un impulso a las exportaciones europeas. El debate sobre el costo de trabajo no es entonces la expresión de una resistencia de orden ideológica emanando de economistas que se esforzarían en negar una realidad poco correcta políticamente. Por otra parte, el paradigma marxista puede integrar perfectamente la idea que el salario pesa sobre el empleo a través de formas de acumulación. Así, el periodo 1968-1973 estuvo marcada indiscutiblemente en Francia por una intensificación de la inversión que respondía al alza salarial surgida del movimiento huelguista de 1968 - 1973. A más largo plazo, el salario real es un argumento que modela las formas de la acumulación del capital, y esta es, por ejemplo, la especificación deducida por Duménil y Lévy (1996).

Desde hace mucho tiempo, las tentativas de ajustar empíricamente la teoría neoclásica se han saldado con fracasos, y los modelos aplicados de la economía francesa se caracterizan por graves infracciones a los esquemas teóricos. Ciertamente, se puede exhibir una

---

<sup>1</sup> "L'économétrie, ou l'idéologie en équations ?", *Actuel Marx*, n° 34, segundo semestre de 2003. Traducción de Rossana Cortéz para *Panorama Internacional* (semanario electrónico de la FT-EI <http://www.ft.org.ar>)

función de producción global pero la demanda de factores de producción no se deducen de ello como subproductos de la maximización de la ganancia. Se constata además una débil sensibilidad a los precios relativos de los factores. La inversión obedece más bien a una determinación "kaleckiana", donde reacciona de manera compleja a la dupla ganancia - demanda, pero el efecto del "costo de uso de capital" (en la práctica la tasa de interés) es difícilmente discernible. Lo mismo para la demanda de trabajo.

En rigor, se puede validar un lazo entre el salario y el empleo, pero es a riesgo de una determinación inversa y de una fragilidad del modelo de conjunto. Los econométricos están confrontados a un movimiento difícil de explicar, que es la disminución tendencial de la productividad del trabajo. Si se mantiene la hipótesis de una productividad de referencia creciente a una tasa constante, se puede entonces unir la disminución observada en la práctica a otra disminución, la del salario real. La disminución de la productividad del trabajo se explicaría entonces por esta baja relativa del costo de trabajo que conduciría a privilegiar combinaciones productivas más ricas en empleo y más económica en capital. Pero tal línea de análisis es, en el fondo, muy poco seguida porque, si bien tiene la ventaja de restituir "buenos resultados", corre el riesgo de girar en redondo, ya que la disminución del salario real proviene él mismo del agotamiento de las ganancias de productividad. Se descubre en esta ocasión el rol de marco de cohesión de un modelo de conjunto, que debe evitar la circularidad. Si un modelo macro - econométrico explica en un lugar que el salario  $w$  es función de la productividad del trabajo  $q$ , y en otro que la productividad  $q$  explica el salario  $w$ , entonces se vuelve muy inestable o incluso indeterminado. Esta obligación salta evidentemente si se razona sobre un modelo parcial, que ya no es "cerrado".

Finalmente, la única constatación posible debería ser que no existe ninguna ecuación que "integre directamente" el efecto del costo de trabajo sobre el empleo, como lo reconoce Lerais (2001). Entonces, podemos preguntarnos como se ha formado un "consenso" alrededor de una elasticidad de 0,6. En su informe sobre el pleno empleo (2000) Pisani - Ferry cita "un cierto número de trabajos" apoyándose en "experiencias naturales [sic] más que en inferencias estadísticas". Los dos estudios invocados (Abowd, Kramarz, Lemieux, Margolis 1997 y Kramarz, Philippon 2000) pretenden establecer un impacto negativo del salario mínimo sobre el empleo. Pero parten de un postulado muy discutible de correspondencia perfecta entre productividad y salario individuales, de tal suerte que toda progresión del salario mínimo precipita mecánicamente una franja de asalariados al abismo de la famosa "inutilidad". En sentido inverso, se puede citar un estudio reciente del INSEE (Audric, Givord, Prost 1999) que llega a esta conclusión engorrosa: "sobre series macroeconómicas, la relación entre el empleo y el costo del trabajo no calificado aparece más compleja que lo que parecía a primera vista".

## **El repliegue sobre el individualismo metodológico**

Esta situación de bloqueo ha sido girada por un recurso creciente a los datos individuales, que concuerda bien con el individualismo metodológico caro al neoliberalismo. La econometría de paneles puede concordar con una "sobre teorización" o, al contrario, puede adoptar un ultra empirismo de principio, pero en los dos casos favorece un derroche de sofisticación modelizadora. Estando limitado el acceso a los paneles de gran

tamaño y su manipulación por razones administrativas o técnicas, la barrera de entrada permite reforzar interesantes posiciones de monopolio. Este enfoque sobre todo permite restituir resultados más conformes a la teoría, y es a este nivel que pudo formarse un relativo consenso en cuanto a la existencia de un efecto del salario sobre el empleo y a su calibrage. La pequeña república de las ciencias de la economía se acordó entonces en una elasticidad de 0,6: una baja del costo de trabajo de 1% engendra un aumento de 0,6% de empleos. En términos más operacionales, y habida cuenta diversas mediaciones, el consenso conduce a evaluar en 70.000 el número de empleos creados para una desgravación de cargas de 10 mil millones de francos.

El problema es que los estudios utilizados no son fiables. Esto puede resultar directamente de su enfoque parcial: para cada empresa, no se considera más que un solo comportamiento, a saber su función de contratación, supuestamente dependiendo del nivel de producción y del costo real del trabajo. Pero este método es temible, porque no verifica la coherencia de la modelización seleccionada. Se pudo mostrar de esta manera (Husson 1999) que los resultados de uno de los principales trabajos de este tipo (Dormont 1994) era un artefacto. Pasemos por alto el hecho que el costo del capital no era significativo y que la sustitución entre capital y trabajo no reaccionaba al precio relativo de los factores sino al solo costo del trabajo. Pero otro fenómeno más grave venía a mancillar los resultados, ya que el hecho de separar el salario nominal y el precio de la rama hacía aparecer que solamente esta última variable intervenía de manera significativa. En resumen, la relación testeada debía ser leída a la inversa y remitía en realidad a la ligazón, indiscutida, entre los precios de rama y las productividades relativas. Tal error es típico de un uso mal dominado de los datos individuales.

Un trabajo reciente (Crépon, Desplatz 2001) se presenta como la única medida empírica *ex post* del efecto de las bajas de las cargas sobre el empleo. Chirac y Raffarin lo han tomado como argumento, y se puede citar el estilo inimitable del Primer Ministro: "No es ideología, sino simplemente "esto camina", esto crea empleos. Y por eso es que hay que hacerlo. No encontramos esto en un librito rojo, en un librito azul. Hemos encontrado esto en los resultados del INSEE. Allí es donde hay creación de empleos; por esto es que hay que aligerar las cargas". Este estudio es típico de un enfoque ultra empirista, en el que la econometría es aplicada sin ningún modelo de referencia. Se limita a constatar después una baja muy fuerte de los precios de las empresas más involucradas por las desgravaciones, que habría arrastrado fuertes ganancias de empleos. Las órdenes de grandeza desmesuradas hacen poco plausibles los mecanismos invocados en el estudio (Marchandise 2002).

Pero sobre todo es el deslizamiento entre el nivel microeconómico y el nivel macroeconómico lo que genera problemas. Se puede admitir que una empresa que baja sus precios va a ganar cuotas del mercado y va a aumentar sus ventas y a continuación, contratar. Admitamos que se logra la famosa elasticidad de 0,6. ¿Por esto se lo puede extrapolar a nivel macroeconómico? Evidentemente no: si algunas empresas ganan cuotas de mercado, otras lo pierden y destruyen empleos, y el efecto global sobre el empleo aminorará, incluso se anulará. Sin embargo, este pasaje es realizado incluso sin que se evoque la cuestión de su legitimidad: "Las evaluaciones son entonces de alrededor de 150.000 empleos en la industria (5,7 millones x 2,6%) y de 310.000 empleos en el sector terciario (9,1 millones x 3,4%). Así, las medidas de desgravación de cargas de 1995 y

1996 habrían permitido la creación o la salvaguarda de cerca de 460.000 empleos en la economía". Como se puede ver, se trata de una simple regla de tres que aplica a los efectivos totales los porcentajes encontrados en la muestra. Por lo tanto, hay una confusión entre dos dimensiones del análisis económico: las elasticidades estimadas sobre datos individuales son elasticidades transversales o inter - empresas, mientras que las elasticidades que habría que aplicar a nivel macroeconómico son elasticidades longitudinales. En el primer caso, se mide el aumento promedio del empleo para una empresa cuyas cargas sociales bajan. En el segundo caso, se mide el aumento promedio del empleo en la economía seguido de una baja de cargas. El hecho que las elasticidades transversales sean positivas no implica para nada que la elasticidad longitudinal lo sea.

Por otra parte, la pelota está en el campo de los autores de semejantes estudios, porque deberían suministrar una explicación de la evaporación de los efectos identificados a nivel de la empresa. Si la demanda de trabajo está especificada correctamente para cada empresa, y si en promedio, la elasticidad del empleo al salario es significativa, es necesario explicar como se disipa esta relación y ya no puede ser identificada a un nivel macroeconómico. Tratándose de una baja general del costo salarial, no se ve qué explicación exponer. Existe otra línea de explicación, poco explorada, que consiste en decir que el empleo global responde favorablemente a una baja de las cargas porque esto conduciría a una modificación de los precios relativos favorable al empleo. Si la estructura de la demanda se deforma hacia sectores "más ricos en empleos", entonces se puede tener una creación de empleos que resulta de una modificación de los salarios relativos según los sectores, más bien que de una baja global de las cargas. Pero sin embargo se debería exhibir una ligazón entre baja de las cargas y creación de empleos, aún cuando ella pasa por un efecto de estructura entre calificados y no calificados. Si era necesario introducir coeficientes calibrados *a priori* en todas las ecuaciones de un modelo en el que intervienen efectos de estructura, entonces bien se podría construirlo con la mano. El comercio exterior, por ejemplo, está atravesado por efectos de estructura, sectoriales y geográficos, pero esto no le impide a los efectos precio salir con una gran regularidad. Este procedimiento es decididamente contrario a la metodología de la modelización macroeconómica: vuelve a "distorcionar" los modelos en función de prejuicios *ex ante*.

El único medio de tomar en cuenta un efecto no significativo, es entonces introducirlo a la fuerza bajo la supuesta forma de traducir el efecto sobre el empleo de las medidas de la política económica, y sobre todo de las bajas de las cargas, calculada "con la ayuda de una elasticidad del costo de trabajo al empleo de 0,6" (Lerais 2001). Este nuevo y bastante curioso método es bautizado "evaluación *ex ante*". Vuelve a operar un cambio de variable y conduce de este modo a resultados tautológicos. La creación de empleos imputada a la baja de las cargas pueden ser calculadas muy bien, fuera de la econometría, aplicando la fatídica elasticidad de 0,6 a la baja del costo del trabajo. No hay necesidad de una sabia ecuación econométrica - que de golpe se parece mucho a un señuelo - para hacer esta regla de tres. La paradoja es que es esta ecuación la que debería servir para descubrir la famosa elasticidad del empleo al salario.

El informe de esta larga deriva conduce a preguntarse sobre esta adecuación espontánea entre los modelos científicos de la economía dominante y el discurso neoliberal. Efectivamente, es necesario cuidarse de explicaciones simplistas que no dan cuenta de la complejidad de esta relación. Esto sería olvidar la importancia de las mediaciones como

considerar a los economistas como los agentes conscientes y determinados de una gigantesca empresa apologética. Si ellos contribuyen a ello, es de manera indirecta, como elementos de una cadena de producción ideológica, y muy frecuentemente, de manera inconsciente, o en todo caso, no deliberada. Por otra parte, esto es lo que vuelve las cosas más inquietantes aún: pongan cien economistas en una institución con un programa de trabajo bien organizado, y ellos van a producir ilustraciones de la teoría dominante. Esta constatación lleva a veces a hablar de los economistas en general y a abandonar para ellos el terreno del debate económico. Se construye entonces una oposición entre las leyes económicas intangibles y las preocupaciones sociales y uno se resigna a una acción curativa que apunta a compensar los efectos sociales más dolorosos. Entonces, es necesario buscar comprender mejor las determinaciones complejas que conducen a esta adecuación espontánea.

### **El deseo de ciencia**

El status de la disciplina económica siempre ha sido incierto, como lo muestra la oposición semántica entre ciencia económica y economía política. Existe en la mayoría de los economistas una tendencia permanente a querer que su disciplina acceda al status de ciencia, aún cuando la definición de la científicidad puede variar. Lo que se ha impuesto poco a poco como forma dominante de científicidad en el campo de la economía, es la transposición de la física. El deseo de hacer ciencia ha seleccionado el paradigma más eficaz desde este punto de vista, dicho de otro modo, la teoría neoclásica, y más precisamente, la teoría del equilibrio general.

Los economistas no son ideólogos conscientes que elegirían los modelos en función de la adecuación de sus resultados a la ideología dominante. Están guiados por un deseo de ciencia que obedece a la marcha expresada por el premio Nobel Maurice Allais: "El prerrequisito de toda ciencia es la existencia de regularidades que pueden ser objeto de análisis y de previsiones. Es el caso, por ejemplo, de la mecánica celeste. Pero esto también es verdad para muchos fenómenos económicos. Su análisis profundizado revela la existencia de regularidades tan sorprendentes como las que se encuentran en las ciencias físicas (...) me parece que, en gran medida, las ciencias sociales, como las ciencias físicas, deben fundarse en la búsqueda de relaciones y de cantidades invariantes en el tiempo y en el espacio".

Por lo tanto, el espíritu científico en economía consiste en decir que existen leyes, "regularidades sorprendentes" y la ética del economista es entonces dirigir, sobre la base de su saber, recomendaciones a la sociedad. Si tal alto funcionario de inspiración neoclásica puede convertirse en un verdadero militante de la baja de las cargas, esto es porque su misión, e incluso su deber, son para él intervenir en el debate público para afirmar que es el único medio de crear empleos. También esté probablemente persuadido que su gestión es pura de toda desviación ideológica, y que solamente lo inspiran las enseñanzas de la ciencia pura. Para él, la ideología está del lado de los que sostienen proposiciones alternativas sin fundamento científico. Los políticos más receptivos a sus ideas no son percibidos como los defensores de intereses sociales específicos, sino por el contrario, como valientes representantes del interés general, capaces de dar la espalda a

los políticos de pacotilla. Y por supuesto, esta postura refuerza sus propias intuiciones y contribuye a endurecer su paradigma.

El uso de las matemáticas no es en tanto tal el criterio central y evidentemente, es llevar la crítica a un falso terreno querer fijarle como blanco la formalización matemática. No es el uso de la formalización matemática lo que es condenable, sino la "fisiquización" que, al exportar los modelos de la física, funciona como filtro con respecto a las modelizaciones admisibles.

## **El giro neoliberal**

La macroeconomía, en gran medida, ha dejado de corresponder a las prácticas de intervención de los estados. El giro neoliberal conduce a relativizar el rol de este tipo de instrumentos y la fuente de legitimidad alternativa de la que pueden disponer. El repliegue hacia la econometría de paneles se acompaña con un ascenso en fuerza de lo que se podría llamar los fundamentos microeconómicos de estas nuevas formas de intervención del estado. Incluso se podría llegar a decir que es el fin de la macroeconomía, víctima de una sospecha descrita por Nasser (2003) de este modo: "La desconexión formal entre la micro y la macro economía, dicho de otro modo, la imposibilidad de hacer derivar una de la otra, era percibida como una deficiencia de todo el edificio. Existía un sentimiento durable de duda arrojado sobre la macroeconomía, basado ante todo en el hecho que sus hipótesis no eran compatibles con una microeconomía cada vez más matematizada y esotérica".

Los modelos macroeconómicos sufrían ya límites propios a su enfoque dinámico que fundaba su superioridad. La separación entre el crecimiento equilibrado y una dinámica de la acumulación caótica, marcada por rupturas cualitativas, los hacen cada vez más inoperantes. De allí un regreso sobre los problemas de equilibrio y hacia maquetas de crecimiento más conformes a las políticas llamadas de oferta, por contraste con los modelos aplicados espontáneamente keynesianos.

Este repliegue sobre la microeconomía se acompaña con un regreso al individualismo metodológico e incluso a un materialismo primitivo. La sociedad está concebida como un conjunto de individuos que son, de alguna manera, animales racionales maximizando funciones de utilidad desprovistas de todo argumento socializado. Un estudio reciente (Laroque, Salanié 2000) franquea un paso suplementario al pretender identificar, a pesar de la sorprendente imprecisión de la herramienta utilizada, categorías nocionales tales como el "desempleo voluntario". Es necesario tomar bien la medida de la ambición de semejante empresa: pretende identificar y construir empíricamente categorías "latentes", al confrontar una modelización del comportamiento de los individuos a sus "decisiones" observables en materia de empleo. Como herramienta científica, este modelo no podría estar protegido del riesgo de recusación empírica. Y una vez más, vemos que pasa muy mal este test. Postula que es la cuchilla del salario mínimo la que, al caer, fabrica el desempleo clásico. Pero no establece que los desocupados "clásicos" y los salarios mínimos presentarían características significativamente diferentes. Los autores del modelo hubieran podido operar este tipo de control *a posteriori* pero no han pensado en ello.

Hubieran podido hacerlo, después de haber recibido la sugerencia, pero no han querido, privándose de una bella ocasión de falsificar la crítica.

La conceptualización y la verificación empírica están aquí estrechamente imbricadas. Si una proporción importante de individuos no se comporta conforme al modelo, entonces es la existencia misma de la categoría construida como subproducto de este comportamiento lo que hace cuestión. La categoría de no - empleo voluntario no existe más que si es validado el comportamiento de individuos decidiendo o no tomar un empleo en función de la ganancia neta esperada. Ahora bien, como los autores del modelo lo destacan: "la participación en el mercado de trabajo depende en gran parte de factores inexplicados", entonces, de algo más que la ganancia neta descontada. En resumen, el descubrimiento de los voluntarios del no - empleo se hace "en gran parte" a ciegas. De repente, es la legitimidad de las categorías elegidas para descomponer el no - empleo lo que se cuestiona a la prueba de los hechos: a falta de haber sido correctamente identificados, continúan siendo categorías metafísicas. Desde este punto de vista, el recurso a la ley de los grandes números no hace más que agravar y llevar al máximo las aperturas metodológicas del modelo inicial.

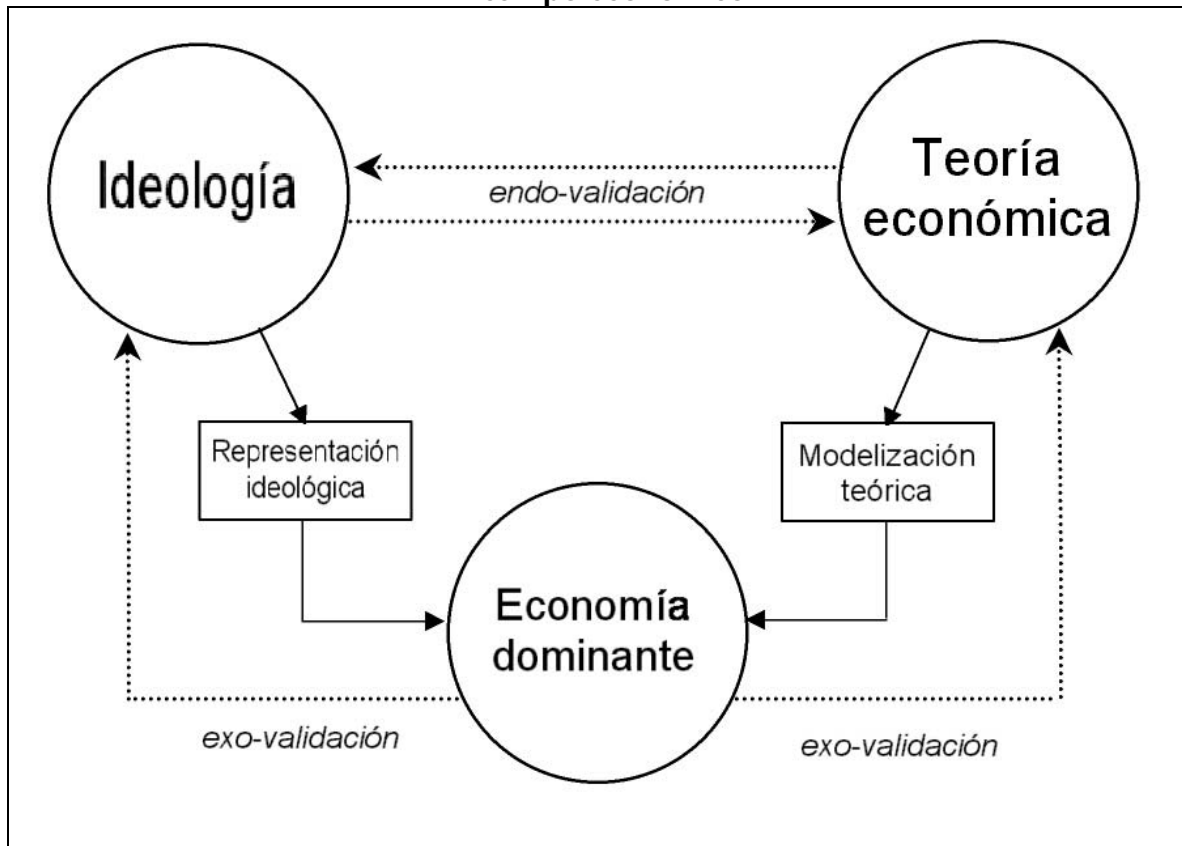
### **Un levantamiento del campo**

Las evoluciones que acabamos de describir se desarrollan dentro de un campo que se organiza según una dialéctica entre dos polos, que se pueden bautizar "ideología" y "teoría económica" respectivamente (ver esquema 1). La función de la ideología es la de producir representaciones políticas del mundo y justificaciones para las políticas en curso, que apuntan a darle forma o a dirigirlo. La "teoría económica" produce representaciones científicas del mundo y de las leyes que permiten comprender su funcionamiento. Entre estas dos gestiones, se emplaza una dinámica que no implica para nada sujeción directa de la ciencia a la ideología. Los dos procesos se refuerzan según dos vías principales, que podríamos llamar interna y externa.

El refuerzo interno tiende a la homología estructural que existe entre los fundamentos microeconómicos de la ideología y los elementos necesarios para una transposición de la metodología importada de las ciencias físicas. Tanto en un caso como en el otro, el rendimiento máximo es obtenido a partir del postulado según el cual la sociedad está compuesta por individuos racionales. Es la puesta en marcha de este postulado lo que permite maximizar el rendimiento ideológico por un lado, el rendimiento científico por otro. La convergencia hacia el corpus de la economía dominante permite una *endo validación* del paradigma común.

El refuerzo externo se deriva del efecto hacia atrás del paradigma dominante como factor de legitimación de los esquemas de base. Es la labor cotidiana de la ideología la de entretejer esta dialéctica entre la representación y la acción: la visión del mundo dominante se refuerza constantemente de su carácter operacional ya que es ella la que guía la acción de los dirigentes, y la que pesa efectivamente sobre el mundo real. Por el lado de la ciencia económica, la aplicación de los conceptos más abstractos es la fuente de una *exo validación* de los paradigmas teóricos.

**Esquema 1**  
**El campo económico**



Toda la lógica del campo está dirigida hacia la reproducción de este esquema. El concepto de Bourdieu se usa aquí como una referencia útil, para un enfoque que no pretende otra cosa que suministrar un primer esbozo. En todo caso, se delimita sistemáticamente del enfoque de Lebaron (2000) que estructura este mismo campo de una manera que nos parece falsear el análisis. Para este discípulo de Bourdieu, “la diversidad de los crecimientos económicos que tienen curso en el campo de los economistas parece no remitir en primer lugar a controversias teóricas o empíricas, sino a la dependencia de este campo en relación con el campo del poder. Origen social, trayectoria social y profesional se combinan para diferenciar a los economistas independientemente de toda confrontación directa a los hechos y a las teorías”. Nos parece, por el contrario, que la diferenciación de los economistas no se opera solamente en función de sus características y de sus trayectorias, sino también, y sobre todo, en razón de su aptitud para responder a los condicionamientos de la ideología dominante.

### **El control del campo**

En el campo de batalla de la ideología económica, se lleva adelante una guerra de posición. La economía dominante está organizada como un enorme y permanente taller. Como se hablaba de incubadores a propósito de los *stock options*, las instituciones de investigación siempre tienen a disposición una reserva de modelizaciones experimentales.



Algunos de estos productos decaen o no serán llevados nunca al mercado. Por otra parte, se podría hacer una historia de las construcciones estériles que encumbren el debate y bloquean los progresos del conocimiento. Se puede citar, por ejemplo, la teoría del desequilibrio, o, más cerca nuestro, la teoría de los ciclos reales. La economía dominante siempre tiene varios hierros al fuego, incluido lo concerniente a la metodología. Así, los dos artículos publicados en la revista del INSEE y que desencadenaron una contestación saludable (Marchandise 2002) representan productos bastante diferentes: el primero (Laroque Salonié 2000) trabaja un modelo extraordinariamente compacto en el plano teórico, mientras que el segundo (Crépon, Desplat 2001) reivindica un empirismo total.

El control del campo pasa también, evidentemente, por la imposición de problemáticas y de métodos a través del filtrado académico, el reconocimiento social a través de las revistas oficiales y los grandes aparatos internacionales - tales como la Comisión Europea, la OCDE o el Banco Mundial - que balizan el campo y financian los proyectos. Además, los criterios de excelencia internos a la disciplina valorizan la sofisticación extrema de las modelizaciones trabajadas. Nunca se discute la adecuación de estas herramientas a la calidad de los datos tratados y los resultados obtenidos. La comunidad económica científica se apasiona por la elegancia formal de los modelos y los debates se sitúan en aval de postulados fundamentales que van de suyo. Una vez más, el desempleo es siempre y en todas partes el resultado de las rigideces que impiden que se realice el ajuste por el precio en el mercado de trabajo. El único problema económico entonces es el de dar cuenta de estas rigideces como tanto óptimo de segundo rango. Todas las teorías dominantes del desempleo son de hecho teorías del exceso salarial (Cordonnier 2001).

Uno de los efectos de esta configuración es la desaparición de toda controversia científica abierta. Es una de las paradojas del campo: el respeto de los criterios de cientificidad tomados prestados a la física se acompaña con la aceptación acrítica de todo estudio satisfactorio de las normas puramente formales. La idea de los estudiantes críticos de caracterizar esta disciplina como autista corresponde perfectamente a la realidad del campo. Por algunos lados, la economía oficial es aun ciencia inmóvil en el sentido que no registra ningún progreso acumulativo por invalidación gradual de hipótesis erróneas o de modelos incompletos. La evolución del campo de la ciencia económica no obedece a esta tensión, y más bien se caracteriza por la yuxtaposición de paradigmas alternativos que, hasta cierto punto, figuraban al menos en estado de esbozo, en el momento de la constitución de la disciplina. Por ejemplo, la crítica a la que fue sometida la teoría neoclásica de la producción y del reparto en el momento de las controversias cambridgianas tendría que haber desembocado en una invalidación irreversible de este esquema teórico. Se rehizo, no por una reformulación legítima, sino gracias a la relación de fuerzas entre paradigmas. De manera más general, las concepciones ultra liberales que habían sido severamente criticadas en el "fordismo" han retomado el control de las operaciones por razones exteriores a los coordinados en un estricto debate científico.

Debería quedar claro, frente a este rápido vuelo de pájaro, que la economía dominante no domina en razón de los efectos de conocimientos que produce.

## Referencias

Abowd J.M., Kramarz F., Lemieux T., Margolis D.N. (1997), « Minimum Wages and Youth Employment in France and the United States », *Working Paper* n°W6111, NBER.

Allais M. (1988), « An outline of my main contributions to economic science », Conférence Nobel. <<http://www.nobel.se/economics/laureates/1988/allais-lecture.pdf>>

Audric S., Givord P., Prost C. (1999), « Evolution de l'emploi et des coûts par qualification entre 1982 et 1996 », *Document de travail* de la Direction des Etudes et Synthèses Economiques, G9919, INSEE, décembre.

Cordonnier L. (2001), *Pas de pitié pour les gueux*, Editions Liber/Raisons d'Agir.

Crépon B., Desplatz R. (2001), « Une nouvelle évaluation des effets des allègements de charges sociales sur les bas salaires », *Economie et statistique* n°348. <[http://www.insee.fr/fr/ffc/docs\\_ffc/ES348A.pdf](http://www.insee.fr/fr/ffc/docs_ffc/ES348A.pdf)>

Duménil G., Lévy D. (1996), *La dynamique du capital*, PUF.

Dormont B. (1994a), « Quelle est l'influence du coût du travail sur l'emploi ? », *Revue économique* n°3, mai. Dormont B. (1994b), *Réexamen de la relation coût du travail et emploi*, Rapport au Commissariat Général du Plan, septembre.

Husson M. (1994), « Salaire-emploi : l'économétrie difficile », Note pour le groupe « Perspectives Economiques » du Commissariat Général au Plan. Document de travail IRESn°94-1

Husson M. (1999), *Les ajustements de l'emploi*, Page Deux, Lausanne. <<http://hussonet.free.fr/ajuste.pdf>>

Kramarz F. & Philippon T. (2000), « The Impact of Differential Payroll Tax Subsidies on Minimum Wage Employment », *Working paper* 2000-10, CREST.

Laroque B., Salanié B. (2000) ; « Une décomposition du non-emploi en France », *Economie et statistique* n°331 <[http://www.insee.fr/fr/ffc/docs\\_ffc/ES331C.pdf](http://www.insee.fr/fr/ffc/docs_ffc/ES331C.pdf)>.

Lebaron F. (2000), *La croyance économique : les économistes entre science et politique*, Le Seuil.

Lerais F. (2001), « Une croissance plus riche en emplois », DARES, *Premières informations et premières synthèses*, février.

Marchandise (2002), Dossiers « Quel effet des baisses de charges sur l'emploi ? » et « Un chômage volontaire ? » <<http://ecocritique.free.fr>>

Nasser A.G. (2003), « The Tendency to Privatize », *Monthly Review*, mars.

Pisani-Ferry J. (2000), *Plein emploi*, rapport du Conseil d'Analyse Economique, La documentation Française, 2000. <<http://www.ladocfrancaise.gouv.fr/BRP/014000051/0000.pdf>>

Raffarin J.P. (2002) , Discours de politique générale, 3 juillet. <<http://www.premier-ministre.gouv.fr/fr/p.cfm?ref=34601&d=1>>